

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1557

Valores y giros a A. Barrera

REALIDADES NEGATIVAS

Para una gran mayoría de trabajadores organizados para la lucha de clases, existe un realismo revolucionario. ¿No se inspira en esa supuesta enseñanza de la historia — en la experiencia revelada por el desarrollo industrial, que va precisando y conformando los órganos económicos del capitalismo a la tendencia absolutista del Estado moderno —, toda la acción de la clase obrera instintivamente colocada en el plano de las actividades económicas y obligada a una constante defensiva para conservar el monto de los salarios y otras mejoras conquistadas al patronato?

Ese realismo que toma del ambiente los descontentos populares, las pequeñas miserias y los bajos instintos, sólo sirve de punto de apoyo a tendencias políticas que basan su éxito en el problema económico. Por eso los apóstoles del "materialismo histórico", buscando en la ciencia infusa de Marx la explicación del pasado, del presente y del futuro, pretenden oponer los hechos reales, vividos, a las ideas que buscan en el hombre, en su conciencia y en su capacidad, el verdadero camino de la revolución.

Los revolucionarios de dictadura, por lo mismo que confían al proceso económico del capitalismo la misión de crear en los pueblos las necesarias aptitudes para realizar la transición del régimen capitalista a la sociedad comunista, niegan toda cualidad determinante al individuo. Una revolución es, según esos cultores de la fuerza y de la disciplina, el compendio de una serie de hechos materiales producidos por obra y gracia del determinismo social: la culminación de un proceso de desarrollo económico que, obrando sobre la vida de los pueblos, los obliga a comenzar un nuevo estadio en la marcha escalonada de la civilización. Y como sólo ven causas económicas en la rebeldía de las masas obreras, como limitan el proceso de la evolución a una pugna entre las clases económicamente enemigas, se explica por qué reducen el papel de la revolución a la conquista del poder político por una minoría aparentemente identificada con los intereses del proletariado.

No puede haber revolución sin un previo proceso de desarrollo industrial, dicen los marxistas de las diferentes capillas políticas. El proletariado, agregan, debe trabajar sobre la realidad económica su instrumento de lucha y de dominación: debe ir creando, dentro del viejo cascarón de la sociedad burguesa, los órganos políticos y económicos que mañana han de suplantar los destruidos en

granajes del Estado y de la máquina capitalista. Pero, ¿quién garantiza el buen funcionamiento de los órganos preventivamente "construidos" por los trabajadores para suplantar instituciones cuyo funcionamiento aún no se ha interrumpido? Si las organizaciones obreras son hijas de la necesidad — y por lo mismo adolecen de todos los vicios del sistema capitalista — ¿es suficiente el propósito de lucha que las anima para impedir que, después de la revolución, se transformen en órganos de

pueblos, encontramos un ejemplo de brutalidad, de ignominia y de inconsciencia. Y en esas trágicas revelaciones encontramos los anarquistas el más poderoso argumento para combatir todo este régimen basado en la ferocidad, en el odio y en la ambición desmedidos.

Si tomamos del medio sus vicios consagrados y pretendemos conservar las instituciones sociales para hacerlas servir en beneficio del proletariado, aún cuando se lleve a la práctica una revolución que arrebatte

los. Un pueblo sumido en la ignorancia, no puede libertarse del yugo económico ni sacudir violentamente la cadena que lo ata al régimen. ¿Acaso no lleva en sí mismo la esclavitud, que toma formas políticas y económicas concordantes con su estrecho concepto de la vida?

La labor más grande que deben realizar los revolucionarios, es la de promover la revolución en los órdenes morales: la de destruir en el hombre sus creencias religiosas y políticas, su fe en salvaciones providenciales y su respeto a la ley, a la autoridad, al cura, al gobernante y al patrono. Pero no se podrá liberar al proletariado de ese yugo si, al combatir las viejas idolatrías y negar la autoridad consagrada, se le exige acatación y respeto en nombre de una nueva religión e invocando una nueva autoridad.

¿Qué podemos presentar como ejemplo para inducir a los trabajadores a la lucha contra los enemigos de la vida? En los trabajadores mismos está el motivo de sus luchas; en ellos mismos deben encontrar el camino de su salvación. Los anarquistas buscamos en el hombre la plena realización de ideales de justicia y libertad. ¿Hay nada fuera del individuo? ¿Existe una fuerza desconocida, ajena a él, que obre sobre su voluntad y lo condene a ser un ciego instrumento de la "fatalidad histórica" colocada por Marx por encima de la vida misma?

Si aceptáramos en forma concluyente las teorías materialistas, si creyéramos que la voluntad del hombre no obra sobre el proceso social de los pueblos y si llegáramos a la conclusión de que el capitalismo representa las fuerzas ciegas y desconocidas de la naturaleza, ¿qué objetivos tendría la lucha? ¿Qué influencia podría ejercer nuestra propaganda y nuestras ideas en la mentalidad del proletariado, "fatalmente" predispuesto a aceptar la "realidad social" — y condenado a seguir ese proceso de desarrollo industrial ajeno a toda concepción ideológica?

El realismo histórico, esclavo de las necesidades materiales e intérprete de experiencias que nada enseñan a los pueblos, conduce a la negación del hombre como entidad pensante y determinante del progreso social. Por eso están colocados en el mismo terreno negativo y coinciden en la forma de apreciar la revolución, los exanarquistas que rinden culto a las "experiencias marxistas" y pretenden someter a un programa el futuro de la humanidad. El llamado "anarquismo nuevo", que sólo conserva del anarquismo el concepto apolítico y las recomendaciones libertarias, al coincidir con los marxistas en la forma de plantear la lucha de clases y en la realización revolucionaria mediante el instru-

HAY QUE DOMARLO!



El burgués. — ¡Mas aún! que esta bestia de pueblo se está poniendo insoportable, y es capaz de voltearme.

poder, en engranajes de la misma máquina capitalista que pretenden destruir, en elementos pasivos al servicio de la nueva tiranía?

La realidad sirve para demostrarnos lo absurdo del régimen capitalista. En la experiencia de la historia, en los hechos presentes y en cada uno de los acontecimientos que nos revela la marcha imprecisa de los

el poder a las actuales castas privilegiadas, ¿conseguiremos por eso destruir en el hombre sus prejuicios, su instinto de ferocidad, los verdaderos factores que determinan su esclavitud? Los anarquistas hemos sostenido siempre la necesidad de llevar a cabo, paralela a la revolución económica, la obra de transformación moral e intelectual de los pue-

mento de la dictadura, no tiene en cuenta únicamente esa "fatalidad histórica" que supedita al desarrollo industrial todo el proceso evolutivo de los pueblos?

Los conversos al marxismo, a pesar de su empeño en conservar viejas posturas subversivas y en seguir empleando el lenguaje revolucionario aprendido en las filas anarquistas, se van alejando cada vez más del centro de gravedad de la revolución social. Ellos quieren llevar a la práctica un ensayo económico realizando un movimiento revolucionario según los métodos políticos. Por eso hablan de unidad de clase, de dictadura proletaria, de Estados transitorios y de periodos de culminación sujetos a las crisis económicas que periódicamente soportan los pueblos.

El fundamento del anarco-bolcheviquismo está en la "experiencia rusa". Y es esa experiencia, para los anarquistas, la más elocuente confirmación del fracaso de toda la ciencia infusa de Marx. No terminan los positivistas y realistas, los apóstoles de la dictadura y los pregoneros de la revolución a plazo fijo, por adaptarse al medio ambiente y arrancar a la realidad viejos materiales que sirven de base a envejecidos partidos políticos cuya misión es apuntalar al capitalismo? ¿No se ha hecho de la dictadura del proletariado un arma de dominación económica y el instrumento político para someter a los trabajadores al dominio de la burguesía? ¿No tiene el poder su fuente autoritaria en esas fuerzas pasivas conducidas por los jefes obreros al matadero de la guerra y nuevamente sacrificadas en el vientre insaciable del Moloch capitalista?

Que nos contesten a estas preguntas los que basan el éxito de la revolución emancipadora e igualitaria en las realidades negativas que nos ofrece el progreso materialista de las actuales organizaciones sociales.

Pedro Kropotkin — Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volumen de las Conferencias de Kropotkin. — Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volumen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: El principio esencial de las sociedades modernas — Servos del Estado — El impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX — Los monopolios en la Inglaterra constitucional — En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades interna y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado ¿puede ser un instrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.

Precio del tomo \$ 0,50 Encuadernado en tela ... \$ 1,50

Las Revoluciones Francesa y Rusa

Algunas apreciaciones morales

Entre los muchos aspectos que ofrece el panorama moral del mundo hay uno que algunos escritores han dado en llamar concepción cervantina de la realidad que consiste en demostrar que ésta es un fenómeno interpretativo, que parte de nosotros mismos, y que nos hace ver los hechos de la vida social según el grado de cultura, de educación recibidas, conjuntamente con las cualidades hereditarias que conforman nuestra personalidad. Bien que no fuera Cervantes el creador de este modo de ver — dado que lo hallamos ya en Grecia con Zenón de Elea y sus discípulos los eleatas — es evidente que él fué uno de los aplicadores o divulgadores más universales y felices de dicha concepción.

¿Qué significa la eterna divergencia de opiniones entre don Quijote y Sancho Panza a propósito de todas sus aventuras por tierras de España más que una viva demostración de cómo la realidad de las cosas se vierte distintamente en nosotros?

Tomemos al azar una aventura cualquiera de las muchas e infinitas que componen la obra inmortal de Cervantes: la de los molinos de viento, por ejemplo. Y bien. Para don Quijote estos últimos son gigantes tan reales y auténticos como si fueran de carne y hueso.

La forma como se transmutan en la fantasía del hidalgo manchego los hechos y las aventuras nos demuestra como un mismo episodio social o histórico, puede vertirse de manera diversa en nosotros según la perspectiva interior de cada uno y la manera particular de ver las cosas o los fenómenos del universo. Y aún cuando este modo de concebir la realidad ambiente encuentre serias resistencias en nosotros será necesario recordar que en punto a interpretaciones de la historia como, así también en las manifestaciones, vivas del arte, de la filosofía y de la moral, no se encontraría dos hombres que coincidieran exactamente en los mismos puntos de referencia, en las mismas apreciaciones y deducciones de las cosas, de la vida preterita y presente y sus proyecciones hacia el porvenir. Pero digamos asimismo que si esta convergencia absoluta de pareceres no es posible, ella puede subsistir dentro de ciertas líneas generales que tiendan a identificar nuestras miras en determinados problemas de carácter universal.

Dos acontecimientos históricos, que para nosotros se prestan a muy diversas interpretaciones son las revoluciones francesa y rusa y más todavía si comparamos, según nuestro punto de vista, las consecuencias que una y otra han tenido en el progreso social de la humanidad. Pero digamos antes que, esto de juzgar los efectos sociales de la revolución rusa podrá parecer arbitrario al lector que no comparte nuestro modo de ver, dado que el tiempo, relativamente breve, que separa los años 1917 y 1923 es harto insignificante para poder apreciar objetivamente dichos efectos no ocurriendo lo mismo con la revolución francesa de 1789 por el tiempo que nos separa de ella. Y no obstante esto, tal vez los anarquistas, que en cuestiones de orden social fueron siempre hombres de pensamiento alerta, hondamente trabajados por el sentimiento de equidad que anima su espíritu, no necesiten, como otros hombres, una demostración de hechos lejána y a posteriori para darse cabal cuenta de los hechos sociales que la revolución rusa va definitivamente a tener en el progreso colectivo de la sociedad.

Que hay una manra de avizorar y hasta de prever la consecuencia social de un hecho que nos es evidenciada por los principios cada día más maravillosos y sorprendentes de la intuición que nos hacen ver o sentir, en nuestra alma, fenómenos de orden social no realizados todavía pero, que llegan a producirse después tal como los habíamos presentado interionalmente.

¿Podemos, con arreglo a este criterio, juzgar los efectos morales y sociales de

la revolución rusa y parangonarlos con los mismos que en el mundo hubo de ejercer en su tiempo la revolución francesa? Creemos que sí.

Si posamos nuestra mirada sobre el estado moral y social del siglo XVIII en los años anteriores al estallido de la revolución de 1789 y saltamos después por encima del magno acontecimiento histórico al siglo XIX notamos, entre ambas épocas, un abismo social y moral tan grande que el siglo XVIII parece anclado en el propio corazón de la Edad Media.

Esta comparación no debe sorprender a nadie, a ningún espíritu estudioso, que sepa la cantidad de arbitrarismos que hay en las clasificaciones de la historia y lo mucho de convencional que tiene el haber dividido a ésta en edades antigua, media, moderna y contemporánea. Si debiéramos guiarnos por un criterio racionalista veríamos que en épocas de la historia tenidas por inferiores se han manifestado estados morales y políticos de organizaciones muy superiores a otros equivalentes ocurridos en épocas llamadas superiores.

El siglo XVIII comparado con el siglo XIX no parece un siglo hermano. No parecen los dos hijos de un mismo tiempo ni el uno sucedáneo del otro. Hay entrambos un cambio tan discontinuo de evolución, de progreso y de aliento libertarios, que los hace extraños y enteramente distintos el uno del otro.

La obra de la Enciclopedia hija de las postrimerias del siglo XVIII no debe computarse a dicho siglo. El siglo XIX nació prematuramente, es decir, antes que la hora sonara en el reloj del tiempo. Nace con la Enciclopedia y recibe su bautismo de sangre en la revolución de 1879 prolongándose por la misma causa más allá de su tiempo; hasta la aparición, en la historia, de la Dinastía Bolcheviquei, año 1917.

Fué, pues, el siglo XIX no sólo un siglo precoz y prematuro sino más bien un siglo más que centenario. A él se deben las conquistas más grandes de la humanidad en todos los dominios del conocimiento. Fué el siglo del romanticismo que es, para nosotros, como decir el siglo de la idealidad. De él nos viene todo cuanto puede dignificar al hombre, ennobrecer a la especie.

Amor y pasión intensos por la ciencia y por las artes. Idealidad y ensueño en un porvenir mejor. Los Derechos del Hombre y la Internacional. D'Alembert, y los demás enciclopedistas. Lamark, Darwin, Spencer, Proudhon, Bakunin, Reclus, Kropotkin y la inmensa pléyade de poetas, filósofos, novelistas y hombres de ciencia del siglo XIX. Esto sin olvidar que fué el siglo de las revoluciones políticas y sociales de Europa y América. ¿Qué otro siglo se le iguala?

Pero, sin quererlo, hemos hablado, ahora, del siglo XIX en sentido antropométrico. No fué, es cierto, la abstracción tiempo quien realizó el más grande intento de emancipación moral y social que se registra en la historia de la humanidad a través de los siglos sino la Enciclopedia y la revolución del año 1789, es decir, dos acontecimientos, moral el uno y objetivo el otro. Y estas dos manifestaciones del espíritu creador de la humanidad se identifican en un solo hecho común que se conoce con el nombre genérico de revolución francesa. Porque la Enciclopedia aunque anterior, es inseparable de la revolución de 1789. Aquella fué el espíritu y ésta el cuerpo de una sola y única realidad conocida en la historia con el nombre de la Gran Revolución.

El aliento libertador que palpita en las entrañas del siglo XIX fué una consecuencia de dicha revolución. A ésta le debe, pues, la humanidad todo cuanto existe todavía en el mundo de libre y justo en el seno de las colectividades. La revolución francesa fué una revolución

de libertad no sólo por los cambios de estructura política que se operaron sino por el efecto moral que produjo en el alma del pueblo.

Dejémoslos llevar a nosotros por un criterio un tanto marxista hemos insistido, tal vez demasiado, sobre la insuficiencia de la Gran Revolución porque ésta no modificó, en sentido igualitario, el régimen económico. Es cierto que en esta faz del problema los cambios sociales originados a raíz de dicha revolución no fueron tan hondos como hubiera sido dable desear. Pero en cambio es también cierto que los hemos apreciados, debidamente la obra de liberación moral que la Gran Revolución trajo consigo levantando, durante el siglo XIX, el monumento más grande a la liberación de la humanidad que se registra en la historia.

Es cierto que sin igualdad económica no puede haber libertad personal. Pero puede haber liberación moral de arcaicos prejuicios y ésta es la deuda, la gran deuda de la humanidad, a la Gran Revolución Francesa.

La revolución rusa ¿qué ha traído de nuevo al mundo en su doble sentido moral y orgánico?

Estudiando sin pasión sus características vemos que en el orden moral las generaciones actuales nada le debemos. Toda la ideología bolcheviquei era ya conocida de nosotros antes de estallar la revolución de 1917. Nada ha creado la revolución rusa en la esfera de la ética. Los candillos más visibles del hecho ruso resultan discípulos incipientes del gran profeta Carlos Marx. A tal extremo que más de una vez se han hecho públicamente inculpaciones mutuas por no haber estudiado en forma al maestro.

En la esfera económica no bastan las declaraciones en las cartas orgánicas de una nación. La constitución de la República Socialista Federal de los Soviets podrá contener muy buenas disposiciones. Pero la realidad de la nueva economía rusa ¿se ajusta al principio comunista de la producción en el sentido igualitario? De ningún modo.

En la práctica la R. S. F. de los Soviets no difiere, en su estructura económica, de cualquier otro Estado con cierta legislación social sedicente avanzada. No es ni más ni menos capitalista que los demás Estados de corte moderno siendo de recordar aquí aquellas palabras de Alfonso Goldschmidt que dicen: "Son los soviets, juzgando su criterio económico, los instrumentos para la continuidad de la organización capitalista sobre una base proletaria para el establecimiento de una economía vernácula que la época precedente no pudo edificar. Son instrumentos reguladores. Tal es su función económica."

Pero si la revolución rusa no ha realizado nada que implique un cambio profundo de sociedad, ya que existen allí el salario y el capital, el comercio y el monopolio, la propiedad privada y la explotación, la ley y la cárcel, el juez y el verdugo, el policía, el militar y el pope, en cambio los usufructuarios de la revolución son responsables, ante la historia, de haber muerto el espíritu libertario del siglo XIX al defraudar la esperanza que el mundo obrero había depositado en ellos.

Si, el siglo XIX, en lo que tuvo de libertador, murió a manos de los bolcheviquis. Y esta afirmación, que a algún fanático de la revolución bolcheviquei le parecerá una herejía, es probable que sea confirmada por la mentalidad del porvenir. Sí, los bolcheviquis enterraron criminalmente el espíritu romántico del siglo pasado al resucitar, en plena cosecha de sentimientos libertarios, la oprobiosa dictadura de una clase social.

El siglo XIX se inició en la historia de los pueblos con la dictadura bolcheviquei progenitora de las dictaduras políticas, militares y hasta sindicales que en estos momentos infectan el mundo. No en balde existe en los pueblos el espíritu de imitación.

La Gran Revolución Francesa inició con un espasmo de libertad cuyo aliento llegó hasta nosotros. La revolución rusa apenas iniciada cae en manos de los bolcheviquis que ensombrecen el universo con el ejemplo desptico de su negra fuerza. Y así como al estallar la revolución francesa del año 1789 se produce un movimiento en sentido de libertad

La actitud de los anarquistas en el movimiento obrero

(Informe al congreso anarquista internacional de París, 1923)

Encargado de informar sobre la cuestión sindical en un momento de crisis en que la vieja táctica debe ser considerada a la luz de las recientes experiencias, y cuando por la detención, el destierro o las persecuciones de tantos de los miembros activos de la *Unione* se hace difícil relacionarse con los compañeros y darse exactamente cuenta de sus ideas y disposiciones actuales, no puedo más que hablar por mi cuenta y bajo mi responsabilidad personal, bien que convencido por el conocimiento que tengo del movimiento, que lo que voy a decir expresará el pensamiento de la gran mayoría sino de la totalidad de los anarquistas adherentes a la *Unione anarchica italiana*.

Nosotros hemos comprendido siempre la gran importancia del movimiento obrero y la necesidad para los anarquistas de ser en él parte activa y propulsora. Y a menudo ha sido por iniciativa de compañeros nuestros que se han constituido las agrupaciones obreras más vivas y avanzadas.

Hemos pensado siempre que el sindicalismo es hoy un medio para que los trabajadores comiencen a comprender su posición de esclavos, a desear la emancipación y a habituarse a la solidaridad con todos los oprimidos en la lucha contra los opresores — y mañana servirá como primer núcleo necesario para la continuidad de la vida social y la reorganización de la producción sin amos ni parásitos.

Pero hemos discutido siempre, y a menudo disentido sobre la manera de explicar la acción anarquista en las relaciones con los trabajadores.

¿Era preciso entrar en los sindicatos, o quedar fuera de ellos, aún tomando parte en todas las agitaciones, y tratar de darles el carácter más radical posible y mostrarse los primeros en la acción y en el peligro?

Y sobre todo, dentro de los sindicatos ¿había o no que asumir cargos directivos y por consiguiente prestarse a aquellas transiciones, a aquellos compromisos, a aquellos acomodos, a aquellas relaciones con la autoridad y con los patronos a que deben adaptarse, por voluntad de los mismos trabajadores y por su interés inmediato, en la lucha cotidiana, cuando no se trata de hacer la revolución, sino de obtener mejoramientos o de defender los ya conseguidos?

En los dos años que siguieron a la paz y hasta la víspera del triunfo de la reacción por obra del fascismo nosotros nos encontramos en una situación singular.

hacia todos los ámbitos de la tierra; al estallar la revolución bolchevique se opera, pronto, un fenómeno moral a la inversa. Un movimiento general de regresión hacia la forma más repelente de dominio; la dictadura de un partido, de una casta o de una clase, en contra de todos los demás.

Quien no perciba este fenómeno, quien no vea que todo ese ambiente de autoritarismo embrutecedor que se ha enseñoreado de las clases sociales del universo es hijo de la revolución bolchevique está ciego; esto si no es un loco o simplemente un interesado en salvar la responsabilidad moral de los bolcheviques con fines de utilitarismo o de mando.

Nosotros lo vemos así y no podemos permanecer sordos y ciegos ante una realidad que nos golpea constantemente las sienes para hacernos ver la horrible fealdad histórica que nos ha traído el siglo XX que se inicia con la era estúpida de los bolcheviques.

La revolución parecía inminente, y existían en efecto todas las condiciones materiales y espirituales para que fuese posible y necesaria.

Pero nosotros, anarquistas, carecíamos con mucho de las fuerzas precisas para hacer la revolución con métodos y hombres exclusivamente nuestros: teníamos necesidad de las masas, y las masas, si estaban dispuestas a la acción, no eran anarquistas. Por lo demás, una revolución hecha sin el concurso de las masas, aunque hubiese sido posible, no habría podido poner en pie sino una nueva dominación, la cual, aunque se ejerciera por los anarquistas, habría sido siempre la negación del anarquismo, habría corrompido los nuevos dominadores y habría acabado por la restauración del orden estatista y capitalista.

Retraerse de la lucha, abstenerse porque no podríamos obrar justamente como hubiéramos querido, habría sido una renuncia a toda posibilidad presente o futura, a toda esperanza de desarrollar el movimiento en la dirección deseada por nosotros — y renunciar no sólo para aquella ocasión, sino para siempre, porque no se tendrán nunca masas anarquistas antes de que la sociedad sea transformada económica y políticamente, y la misma situación se presentará cada vez que las circunstancias hagan posible una tentativa revolucionaria.

Era preciso, pues, conquistar a toda costa la confianza de las masas, ponerse en posición de poder — determinarlas a obrar y por esto parecía útil conquistar cargos directivos en las organizaciones obreras. Todos los peligros de domesticación y de corrupción pasaban a segundo plano, y por lo demás se suponía que no tendrían el tiempo de realizarse.

Por consiguiente se llegó a la conclusión de dejar a cada uno la libertad de proceder según las circunstancias y como creyese mejor, a condición de no desconocer nunca que era anarquista y de guiarse siempre por el interés superior de la causa anárquica.

Pero ahora, después de las últimas experiencias y vista la situación actual, que no admite cambios transitorios y exige una vuelta rigurosa a los principios para encontrarse mejor preparados y más profundamente convencidos en los próximos acontecimientos, me parece que conviene volver sobre la cuestión y ver si hay que modificar la táctica en este punto importante de nuestra actividad.

Espero que el congreso examinará el asunto con la atención que merece.

Según mi opinión, es preciso entrar en los sindicatos, porque estando fuera de ellos se aparece como enemigos, nuestra crítica es mirada con sospecha y en los momentos de agitación serenos considerados como intrusos y sería mal aceptado nuestro concurso. — Hablo, se entiende, de los verdaderos sindicatos, compuestos de trabajadores libremente asociados para defender sus intereses contra los patronos y contra el gobierno; y no de los sindicatos fascistas, a menudo reducidos al son de los bastonazos y con la amenaza del hambre, y que son un arma de gobierno y una tentativa para someter a los trabajadores a las exigencias patronales. — Es preciso entrar en los sindicatos y ejercer obra de propulsión para dar un carácter siempre más libertario y vigilante, crítico y combativo las posibles debilidades y desviaciones de los dirigentes.

Y en cuanto a solicitar y aceptar nosotros mismos los puestos de dirigentes, creo que en líneas generales y en tiempo de calma es mejor evitarlo. Pero creo que el daño y el peligro no está tanto en el hecho de ocupar un puesto directivo — cosa que en ciertas circunstancias puede ser útil y también necesaria — sino en el hecho de perpetuarse en el puesto. Sería preciso, según mi opinión, que el personal dirigente se renovase lo más a menudo posible, sea para habilitar

un mayor número de trabajadores en todas las funciones administrativas, sea para impedir que el trabajo de organizador se convierta en un oficio e induzca a los que lo ejercen a llevar a las luchas obreras la preocupación de no perder el empleo.

Y todo esto no sólo en interés actual de la lucha y de la educación de los trabajadores, sino también y mayormente en vista del desahucio de la revolución después que la revolución haya sido iniciada.

Con justa razón los anarquistas se oponen al comunismo autoritario, el cual supone un gobierno que, queriendo dirigir toda la vida social y poner las organizaciones de la producción y de la distribución de las riquezas bajo las órdenes de funcionarios suyos, no puede menos que producir la más odiosa tiranía y la paralización de todas las fuerzas vivas de la sociedad.

Los sindicalistas, aparentemente de acuerdo con los anarquistas en la aversión del centralismo estatal, quieren abolir el gobierno substituyéndolo por los sindicatos; y dicen que son éstos los que deben poseer la riqueza, repartirla, organizar la producción y el cambio. Y yo no vería inconveniente en ello cuando los sindicatos abriesen de par en par las puertas a la población y dejaran a los disidentes la libertad de obrar y de tomar su parte.

Pero esta expropiación y esta distribución no pueden, en la práctica, ser hechas simultáneamente, por la masa, aunque sea sindicada, sin producir un derroche perjudicial de riquezas y el sacrificio de los más débiles por obra de los más fuertes y brutales; y tampoco se podrían establecer en masa los acuerdos entre las diversas localidades y los cambios entre las diversas corporaciones de productores. Habría, pues, que proveer mediante deliberaciones tomadas en asambleas populares y seguidas por grupos e individuos espontáneamente ofrecidos o regularmente delegados.

Ahora bien, si hay un restringido número de individuos que por largo hábito son considerados como jefes de los sindicatos, si hay secretarios permanentes y organizadores oficiales, serán ellos los que se encuentren automáticamente encargados de organizar la revolución y tendrán tendencia a considerarse como intrusos e irresponsables a los que quieran tomar iniciativas independientes de ellos y querrán imponer, aunque sea con las mejores intenciones, su voluntad — hasta con la fuerza.

Y entonces el régimen sindicalista se convertiría pronto en la misma mentira y en la misma tiranía que resultó la llamada *dictadura del proletariado*.

El remedio a este peligro y la condición para que la revolución sea verdaderamente emancipadora están en la formación de un gran número de individuos capaces de iniciativa y de obra práctica, en el hecho de habituarse a las masas a no abandonar la causa de todos en manos de algunos pocos y a delegar, cuando es necesaria delegación, para encargos determinados y por tiempo limitado. Y para crear una situación y un espíritu tal es

el sindicato un medio, eficazísimo si está organizado y animado con métodos verdaderamente libertarios.

A cuanto he dicho sobre la cuestión de la organización obrera, déjame permitido añadir algunas palabras sobre la organización de los anarquistas, tal como es entendida por la *Unione Anarchica Italiana*.

La *Unione Anarchica Italiana* es una federación de grupos autónomos unidos para ayudarse mutuamente en la programación y en la realización de un programa libremente aceptado. Celebra periódicamente congresos y, entre un congreso y el siguiente, es representada por una *Comisión de correspondencia*, nombrada por el congreso, y varia siempre de personal y de sede. Las deliberaciones de los congresos no comprometen más que a los grupos que las aceptan después de haberlas considerado; y por esta razón, el modo de representación, cualquiera que sea, no tiene importancia, no pudiendo dar lugar a injusticias y usurpaciones. Todo grupo o toda federación particular de grupos envía los delegados que puede, cualquiera que sea el número de sus componentes, sin inconvenientes, puesto que el congreso no hace leyes obligatorias para todos, sino que sirve como indicación de las varias opiniones; y la opinión dominante se concreta en resoluciones que son sometidas después a los grupos y tienen simple valor de consejos y de sugerencias.

La Comisión de correspondencia sirve para facilitar las relaciones entre los grupos, para procurar a la iniciativa de cada uno el apoyo de los demás y hacer más fácil la acción concertada. Pero no existe ninguna autoridad y ningún medio para imponer la propia voluntad.

Cada individuo y cada grupo se relaciona, si lo cree necesario, directamente con los otros sin pasar por el trámite de la Comisión de correspondencia: cada cual es libre de imprimir lo que cree bueno, de tomar la iniciativa que pueda, de hacer, en una palabra, todo lo que quiera en interés de la causa común. El único vínculo es el programa general, cuya aceptación es condición necesaria para entrar en la *Unione*.

Estos principios son aceptados por todos los miembros de la *Unione*, porque constituyen el pacto que los ha unido. Y aquellos que, por ignorancia o por fines inconfesables, intentan hacer creer que la *Unione Anarchica Italiana* es una organización autoritaria, obran contra la verdad.

La *Unione* no entiende tener el monopolio de la organización anárquica. Todo anarquista puede permanecer aislado o unirse a otras organizaciones.

La *Unione* es dichosa de toda actividad anarquista dentro y fuera de su seno, y está dispuesta a prestar ayuda a todos y a recibirla de todos, siempre que se trate de cosas que no estén en contradicción con su programa.

El encargado de la *Unione anarchica italiana*

ERRICO MALATESTA

Panamericanismo

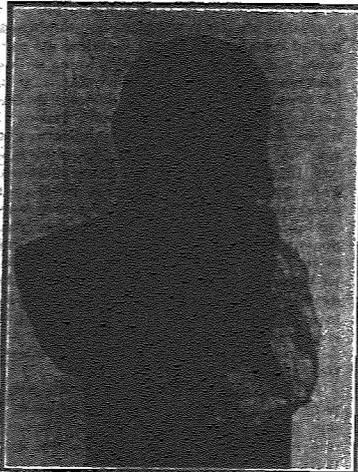


Una exposición de "productores" del país, aderezada según la doctrina de Monroe: "América para los americanos" del Norte.

Emmanuel et al.

Literatura-Arte-Ciencia

Cuatro generaciones ante la obra de Claudio Monet (1840)



CLAUDIO MONET

Con motivo de cumplir el gran maestro francés, en 1921 ochenta años, fué organizada una exposición de sus cuadros en el Salón de Bernheim-Jeune en París. En el prefacio del catálogo-Arsenio Alexandre escribía:

La exposición que se abre aquí de una selección de cuadros de Claudio Monet, tomados entre los más bellos de sus principales "series" tendrá más importancia, significación, y, diremos, casi cierta solemnidad que no tienen en general las manifestaciones semejantes.

Se presenta en efecto, con el carácter de serenidad y de firmeza de los grandes propósitos, sin debilidad y con todo honor, cumplidos. Es por lo tanto no solamente un magnífico espectáculo de arte que se ofrece al transeunte reflexivo y sensible, sino además y verdaderamente una página de historia viviente desarrollada delante de sus meditaciones.

Historia de una obra de las más fuertes y de las más cautivantes dentro de la evolución del arte moderno; historia, también, de una pasión y de una voluntad como las hay pocas en nuestro tiempo.

Es tales ocasiones el primer deber del visitante es de contemplar, comprender y recogerse, antes de pronunciar uno de esos juicios rápidos, porque hechos ya de antemano, defecto bastante común en general.

Piéncese ante todo (esto todavía no ha sido puesto quizás tan claramente en evidencia como aquí), que cuatro generaciones depositan su testimonio o su homenaje ante este resumen de la obra de Monet, y que será prudente que la cuarta recuerde, delante de todo lo que un maestro ha podido crear, todo lo que la primera no supo ver.

Esta primera generación fué la que acogió, entre el 1866 y el 1875 los comienzos de Monet, primero con la indiferencia, después con risas, y, al fin, con injurias. Raros fueron entonces los claro-

videntes y los defensores; éstos, defendiendo al artista con la pluma, con propio riesgo y peligro; aquéllos, atreviéndose a gastar pequeñas sumas en la compra de sus pinturas porque les gustaban, ajenos a toda idea (con toda verosimilitud) de especulación.

La segunda generación es la que, ya más iniciada y más entusiasta, gana las batallas decisivas, desde las orillas de Vetheuil, hasta los campos donde se erijen, potentes y radiantes, las *Purras*, y a los antiguos sillares sobre los cuales se eleva la magia de las *Catedrales* y de todos los juegos del aire, de la luz y de los reflejos sobre sus delicados e innumerables relieves. En ese momento, se comienza a apreciar la firme unidad de esta carrera y la incesante diversidad de la pasión hacia la naturaleza y el arte que la anima. Los que rehusan com-

analizar el color, sintetizar los volúmenes y los aspectos; al que, después de haber construido majestuosamente, le plugo escrutar con delicadeza, tomando como temas, no ya solamente espectáculos, en cierta manera los más positivos, los más ricamente sólidos, sino también los más aéreos y los más sutiles. Ya el mundo entero no le rehusa ninguna admiración: pero esos testimonios no llegan a alterar su robusta simplicidad. El maestro de Giverny, sí, rehusa todos los honores convencionales y sus pretendidas recompensas, y llega, en plena labor, labor más amplia y más difícil que nunca, entre las ninfas que se abren sobre el resplandeciente espejo de las aguas, a sus ochenta años, que se ha festejado en noviembre último, con un impulso de pensamiento mucho más emocionante y glorioso que una manifestación de huecos y sonoros discursos.

La cuarta generación se había desarrollado mientras la tercera perseguía su recorrido. Obediente al legítimo deseo de transformación, por el cual el arte continúa viviendo, se ha alejado, no de Monet,

conquistado, desde hace sesenta años, para el artista la libertad de crear.

Al contrario, dejando de lado las formas encontradas por Monet y que hacen la belleza de su obra, para observar mejor sus virtudes de acción, admirar su independencia y su sinceridad sin iguales para identificarse con su maravillosa sensibilidad para las percepciones y sensaciones de la naturaleza, cuánto más esta nueva generación demuestre deferencia y perspicacia hacia él, tanto más probará ser digna de sucederle.

Para muchos jóvenes artistas no es necesario emplear este lenguaje. No se dirige sino a muy pocos debutantes de la crítica, que creen que la investiva es un signo de fuerza, y que piensan que dan más valor a sus admiraciones limitándolas al minuto en el cual viven. Consideradas en conjunto, las cuatro generaciones en el curso de las cuales se ha sucedido, siguiendo leyes armoniosas como la de las estaciones, la espléndida frescencia de esta obra, han expresado, cada una a su manera, por el honor que le rinden, las alegrías que le fueran dadas.

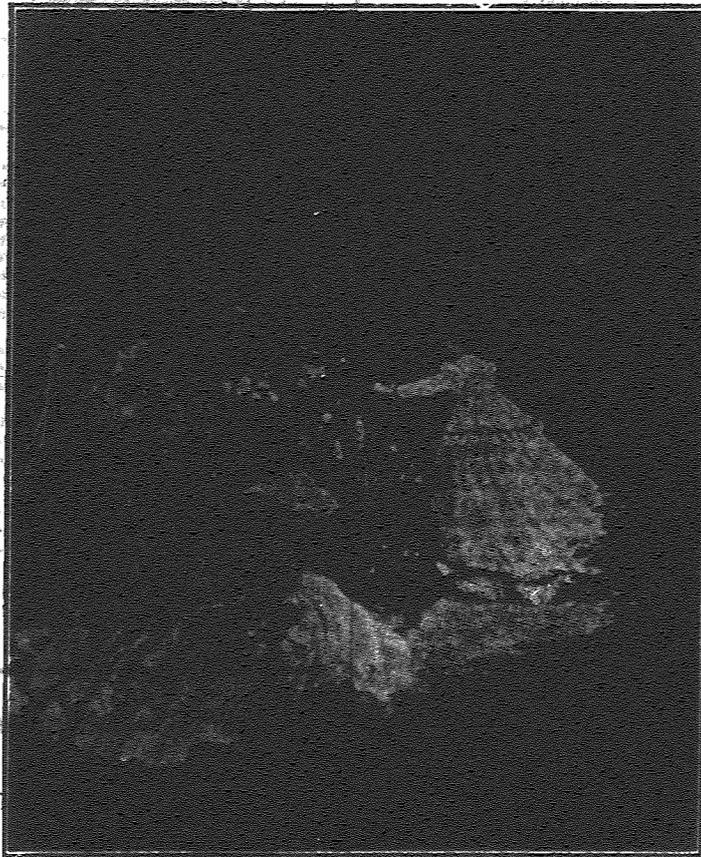
Hasta la primera, la de la oposición y las risas, se presenta ante la historia con su contingente necesario y eficaz de inteligencias y de simpatías. Basta inferir de los varios escritos de Baudelaire que el más grande y más profundo de los críticos franceses había entrevisto lo que Monet iba a aportar y que se hubiera luminosamente pronunciado por él como lo había hecho con Delacroix. Importa a nuestro buen renombrado que nuestra impaciencia por lo nuevo no se haga sin recordar el eco del odio por lo nuevo, que excitaba simultáneamente a los académicos y a los boulevardiers del 1875.

Así todos habrán rendido a su turno al gran pintor, que ha permanecido tan ardiente y tan viril en su orgullosísimo aislamiento, los mejores y los únicos homenajes que le convienen. Los que lo creen rudo y soberbio no saben cómo le tocarán el corazón.

Los elementos y las razones de esos homenajes se exponen aquí en su bello y lógico desarrollo. Se sigue al pintor a medida que compenetrándose siempre apasionadamente de los efluvios, de los ritmos y de todas las fuerzas vivificantes de la naturaleza, descubre cada vez más, y aplica inmediatamente, el medio de expresar a la vez el equilibrio y el encanto.

El estudio de esta larga carrera y sus etapas, cada vez más fructuosas, es demasiado complejo, hasta para ser resumido en estas líneas ya numerosas. Eso lo ensayaré pronto ampliamente. No hemos querido sino acompañar al espectador hasta el umbral donde se le abre una deslumbrante vista sobre los encantamientos reales de la naturaleza, interpretados por uno de los más grandes humanistas del arte moderno, y decirle simplemente: mirad, comprended, gozad de esas bellezas sin preocuparos de las etiquetas, que ya no significan nada, ni de las que aún no significan tampoco gran cosa.

Arsenio ALEXANDRE.



CLAUDIO MONET — Verano

prender a Monet, serán en adelante tan pocos como los que, diez años antes, lo comprendían.

Viene la tercera generación, que goza plenamente de una obra que ya no necesita defensores. Se aprecia dignamente al robusto y ardiente transcriptor de todas las grandes sensaciones de la tierra y del espacio; al que supo elegir, y no esquivar, como se ha dicho, los pretextos de la alegría que experimentaba al

pues él permaneció siempre aislado como todos los creadores, pero sí de los que lo habían imitado demasiado copiosamente. No se puede sino aprobar que traté de crear a su vez, hasta si no lo consigue sino al precio de tanteos contradictorios. Sin embargo, no amenguará sus méritos, si los adquiere, mostrándose comprensiva y reconocida hacia uno de los hombres que más altamente han re-

EQUILIBRIOS

GIRANTA

"RIDI, PAGLIACIO"

Era la novia de un muchacho por quien no cambiaría toda cultura la humanidad.

El la engañó. Su pena.

Claro está, fué muy honda.

Lloró mucho, intentó cosas tremendas...

Pero él no volvió más: como pasa en las novelas.

Y se quedó sin rumbo en el camino.

Como siempre. Paciencia.

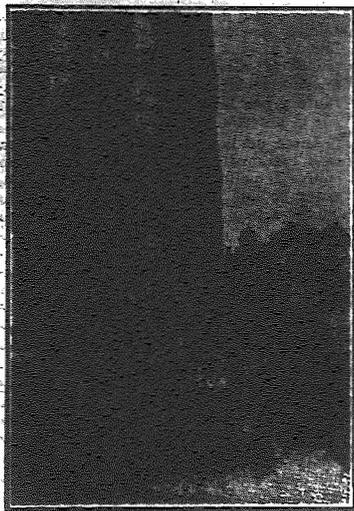
Hoy es la novia artificial de todos

los que le dan unas monedas.

Giranta, giranta; como quien dice:

la sociedad hizo una muera.

Arnaldo DEMOS.



CLAUDIO MONET —Catedral de Rouen

MURO POR MEDIO

Toda negra en medio del yermo, levántase la fortaleza. Un río caudaloso la rodea y por la noche, cuando el silencio adormece las cosas, no se oye sino el estrépito de sus olas turbulentas.

La fortaleza estaba repleta de prisioneros. Durante el día aquello parecía un sepulcro, una especie de catacumba en cuyas criptas se agitaba una multitud de espectros vivos; los prisioneros dormitaban sobre el jergón de paja, contemplando con una obstinación de dementes los pocos objetos que les rodeaban.

Con la noche aquella casa parecía reempezar la vida. Por todas partes oíanse golpes sordos en el muro y, gracias al alfabeto secreto, comenzaban a entablarse largas relaciones. De pronto el rumor de un paso acompasado volvía a sumir la fortaleza en un silencio momentáneo; pero así que el guardián se alejaba por los corredores tornaban a restablecerse las comunicaciones secretas. Los detenidos, acostumbrados a su existencia lúgubre, habían perdido el uso de la palabra; sólo sabían hablar con los nudillos de la mano y hasta llegaban a reconocer, según los golpes dados en el muro, el carácter y la posición social de su interlocutor. Muchas veces, sin embargo, les asaltaba el deseo de ponerse a gritar, de articular palabras sin sentido, porque sí, por el simple anhelo de ensayar un órgano adormecido.

Pues bien; una noche, cuando la cárcel toda librábase a sus diálogos interminables, se oyó de pronto una risa fresca y cristalina, una clara voz de mujer joven. Los prisioneros quedaron perplejos; algo anormal iba a ocurrir seguramente; los golpes del muro se detuvieron en seco, la prisión enmudeció, pero por segunda vez aquella risa femenina: estalló en el silencio de los corredores, extraña e inverosímil, como si un muerto se pusiera a hablar de pronto.

La mujer que así reía era apenas adolescente. Cuando fueron a prenderla, en la casa paterna no comprendió siquiera la gravedad de su caso: siguió a los políticos con una actitud entre romántica y orgullosa, y después de tal aventura consolábase la esperanza de transformarse en la heroína de algo muy grave y trascendental. Empero cuando la dejaron sola entre las cuatro paredes sintió en el fondo de su corazón que la soledad le oprimía con sus invisibles manos de hierro. Lloró en silencio mucho tiempo y luego, sintiéndose mejor, volvió a creerse heroína. Irguléndose sobre el jergón, los puños cerrados, tendió ingenuamente el pecho, como para recibir las balas de sus verdugos. Pero luego recordó de pronto que estaba sola y se puso a sollozar como una niña, con todas sus fuerzas.

Entonces acudió un guardián y le echó por el ventanillo una mirada severa. La aparición de aquel ojo irritado en el fondo del agujero hizo reír a la muchacha. Viéndola reír — era la única mujer en toda la cárcel — el guardián se sintió tierno y sonrió también; pero recuperó en el acto el sentimiento de su deber y, haciendo de tripas corazón, puso cara de circunstancias.

Y fué así como por primera vez en la vida se quebrantó la disciplina en la sombría fortaleza.

Pronto se esparció por toda la prisión la noticia de que una joven había llegado. ¿Cómo se supo? Nadie había podido distinguir su voz, porque sólo los golpes del alfabeto secreto lograban atravesar los muros de aquellos sombríos calabozos; nadie había podido verla tampoco, porque los guardianes tenían órdenes severas al respecto; pero, sin duda cuando pasaba por los corredores, los prisioneros reconocían su paso de mujer.

Además la joven era música y, desde el primer momento, para consolarse de la ausencia del piano cantaba todo el día, siguiéndolo con el pie la cadencia de sus trozos predilectos. En su estrambótica negra, los presos oían sobre sus cabezas aquellos golpes cadenciosos, reconocían el ritmo y se cantaban a sí mismos la música consoladora.

La presencia de aquella mujer había transformado la sombría bastilla.

La célula vecina estaba ocupada por un joven; los muros de la prisión le habían ya robado ocho meses de su vida, pero no habían podido extinguir su corazón ardiente. Lo sentía adormecido en el fondo de su pecho y nada más. Por la mañana, apenas despertaba del sueño nocturno, volvía a tenderse sobre las pajas del lecho y allí se estaba las horas muertas recordando escenas de su vida de niño; que ahora le sonreían como a través de un sueño. Así, pues, toda la energía acumulada en él se había adormecido en el sopor de la cárcel; le era indiferente saber que el sol brillaba en el cenit o que la lluvia caía en torrentes; pero un soplo tan sólo le habría bastado para despertar su corazón.

Detrás del muro oía los pasos de la joven y, por la tarde, cuando ella ritmaba un nocturno de Chopin, su espíritu se perdía en mágicas fantasías. Veía una selva otoñal; acá y allá, entre los árboles apenas adultos, fulguraban errantes manchas de sol; un castillo abandonado se mira tristemente en el espejo de un estanque azul; una doncella pasa bajo los pinos; silenciosa, embobada en misterio, va deslizándose entre los árboles hacia el pórtico de un país quimérico y lozano...

El prisionero intentó conversar con ella a través del muro. Sus dedos articulaban sonidos de amor: "¿Quién eres tú? Adivino que eres joven y bella y que yo te amo... Soy fuerte como un león. Cuando la noche llegue derribaré los muros de tu calabozo. Llegaré hasta tí, te ocultaré en mi pecho como un pajarillo trémulo y nos iremos lejos, lejos... Ella escuchaba el sonido de los dedos.



pero sin comprenderle, porque no conocía el alfabeto secreto; sólo sentía, por una extraña intuición, que detrás del muro había un corazón que le pertenecía y una voz que le imploraba. A menudo pegaba las orejas al muro para escuchar mejor, tratando, en vano, de descifrar aquel lenguaje misterioso. A menudo, también, golpeaba sobre la piedra como si sus dedos supieran hablar, y al caer la noche tendíase junto al muro mientras los dedos del amigo desconocido le cantaban dulces canciones y le juraban amor. Ella sentía, sin comprender, que aquellos golpes le llegaban al corazón y apoyaba la frente sobre las piedras del muro.

Un día, bruscamente, ocurrió algo que hizo cambiar de rumbo a la prisión: un detenido descubrió que se estaba levantando un cadalso a las puertas mismas de la fortaleza. Toda la noche, así como la lluvia repiquetea monótona en las gárgolas, los golpes gimieron sobre el muro en medio de un silencio angustioso; los golpes se precipitan, primero pasan de muro en muro, después de piso en piso; se cambian consejos y palabras de consuelo, se interrunga, se dice adiós. Es como si el ángel de la muerte rozara con sus alas el muro de la cárcel.

El ruido cesa de pronto; en las celdas los prisioneros vuelven a pensar en sus propias vidas.

Pues bien; esa noche los golpes que daba el vecino de la joven prisionera habían adquirido un acento trágico. Sus dedos temblaban de fiebre. Sin duda algo grave y urgente tenían que decirle. Esos dedos imploraban angustiados: "Después de callaron como para llorar en silencio. L."

joven comprendió que su vecino apoyaba el rostro contra el muro y que le daba un beso a través de la piedra. Pero ella no podía saber el terrible secreto que quería confiarle.

El viento gemía afuera, agitando los rastillos de la fortaleza. Jamás su calabozo le había parecido más horrible a la joven. Numerosas veces golpeó sobre el muro para llamar a su vecino; pero el silencio tan sólo respondía a su llamamiento. Entonces, llena de pesadumbre, se tendió sobre su lecho; una tristeza inmensa le oprimía el corazón.

El silencio de la prisión era siniestro; los golpes habían cesado, no se oía sino el paso lejano de un centinela. Por fin ella se levantó llena de terror, corrió hacia el muro, golpeó la piedra hasta desgarrarse la carne, lloró con sollozos suplicantes y, pegando la frente a la dura piedra, murmuró con indecible angustia:

— ¡Respóndeme! ¿Qué haces? ¿Qué ocurre? Respóndeme, ¡por amor de Dios! ¡Respóndeme!

Scholain ASCH

NANITA

—Madre, tu nena no es tan pequeña ni tan insignificante como tú crees. Ayer mientras te hablaba yo de cosas tristes, de hacer y deshacer libros... ella incoherentemente interrumpió y te dijo:

—Mamita, qué lindo día, ¿vamos a pasear?...

Tú, enojada, la reprendiste llamándola tonta y diciendo que para nada servía sino para interrumpir a los mayores. Y ella se calló avergonzada.

Pero, tú no tenías razón, madre; tu hija no es una tonta. Cuando saliste a la huerta para traerme el obsequio de unas cuantas violetas (ay, tan caras para mí!) yo pregunté a tu nena: — Nanita, ¿para qué sirves si no sabes hacer nada todavía? Y ella un poco sorprendida, pero sin pensar me respondió: — "Sirvo para querer a mamita".

Yo la besé entonces en los ojos, en los infantiles ojos que dicen de la inocencia de sus cinco años y pensé esto que escribo, madre:

Que tu hija no es tan pequeña ni tan insignificante como tú crees; que no tuviste razón, ayer, cuando la hiciste callar. No, madre, tu nena no es una tonta. Tu nena ayer me dijo, sin comprender, el objeto de tu vida.

Tú ya no puedes decir como yo: — ¿Para qué vivir?

Enrique KUTLER

BIBLIOGRAFIA

"CANCIONES AGRIAS" — Leonidas Barletta. — Editor J. Scaglia Buenos Aires.

Componen este volúmen una serie de veinticinco poemas debidos al nomen inspirado del joven escritor Leonidas Barletta. El libro se halla precedido de un prólogo de Hector Pedro Blomberg, en el cual se hacen halagadoras reflexiones sobre el porvenir literario de dicho escritor.

"LA VUELTA DEL BOHEMIO" — Gonzalo del Villar — Imprenta Mercantil — Buenos Aires.

El autor de este libro fué un artista truncado en flor, es decir, en el momento que su talento artístico empezaba a revelarse con acentuación promisoria.

Con motivo de la exposición póstuma de las obras pictóricas de Gonzalo del Villar algunos críticos de arte de esta ciudad emitieron muy favorables juicios sobre el porvenir que hubiera tenido este malogrado artista. Varios amigos e íntimos de Gonzalo han reunido, en este libro, una serie de sonetos y otros cantos suyos, dándolos a la estampa, en testimonio de su postuma admiración. Pues Gonzalo además de artista plástico gustaba también dialogar con las Musas, las que le inspiraron, en algunas ocasiones,

muy suaves y armoniosos cantos. Minado por cruel enfermedad el autor de "La Vuelta del Bohemio" murió pobre y solitario, allá en lo abrupto de un valle donde fuera en procura de salud. Sus cantos al paisaje y al amor, que componen las partes esenciales de este libro, demuestran, a las claras, las dos pasiones más fuertes que predominaron en la vida de este artista.

"VIDAS INTIMAS" — González Vera — Ediciones Cosmos — Santiago de Chile.

El camarada González Vera ha publicado, en un volumen, dos pequeñas novelas tituladas "El Conventillo" y "Una Mujer", respectivamente.

En la revista "Claridad", órgano de la Federación de Estudiantes de Santiago de Chile, González Vera ha publicado sus principales ensayos que constituyen una buena promesa para el porvenir. Está de más que elogemos aquí la finalidad moral de estas dos estilísticas literarias de Vera ya que participamos del espíritu analítico y rebelde que las inspira. Contiene además el libro, un prólogo apologetico por Alonzo.

"LA MANCHA" — Raul Scalabrini Ortiz — Editor M. Gleizer — Buenos Aires.

En un volumen de 222 páginas Scalabrini Ortiz ha reunido una serie de cuentos, algunos de ellos admirables, no sólo por la forma clara y sintética de su expresión, sino también por el significado trascendente de ellos. Sin que podamos fijarle, al autor, una filiación literaria, diremos que trasciende de esta obra, las influencias de algunos maestros, particularmente Poe, que se dejan sentir en algunas partes del libro.

En los "Diálogos" que lo epilogan, el autor sienta las bases de una religión humana del porvenir fundada en los principios trascendentales de la cultura filosófica y científica de occidente. ¡Ah, pero cuán lejos está esta dialéctica de Scalabrini Ortiz, de aquella otra maestra insuperable de Platón.

"MOSCÚ: DIARIO DE UN VIAJE A LA RUSIA SOVIÉTICA" — A. Goldschmidt — Editor M. Gleizer Buenos Aires.

A. Goldschmidt, el economista alemán, que junto con Nicolai estuvo, hace poco, en el país, con fines de pedagogía superior, ha reunido en un libro sus impresiones de viaje a la Rusia soviética. Los conceptos benévolos de Goldschmidt por las cosas que vio en Rusia, y las cuales habla en un estilo patético, no impiden que, a través de la lectura de este libro, se advierta ya el fatalismo suicida que se hallaba condenada la obra de los bolcheviquis mucho antes de ponerse en práctica la nueva política económica de Lenin y sus sucesores.

En algunas de sus narraciones Goldschmidt deja ver, tal vez involuntariamente, la obra superficial que ha realizado la revolución bolcheviqui. El respeto que tuvo ésta por la Madonna de la Plaza Roja, rodeada ahora de cirios encendidos, nos da la medida de cuanto en Rusia pueden hacer los bolcheviquis. Francamente, leyendo esta parte del libro, y la precedente, que habla de lo extendida que se halla en Moscú la mendicidad, hemos sentido asco profundo por la nueva vida y el ambiente moscovitas. ¿Y era en honor de esta vida de abyección y fanatismo que metiéramos tanta bulla los bolchevizantes de aquí? Véase lo que dice Goldschmidt en las páginas 71 y 72 de su libro, a propósito de esto.

"Ya he hablado aquí de la Madonna de la Plaza Roja. Está cercada siempre de cirios encendidos. Adornada de piedras preciosas incrustadas en piezas de oro; se yergue sobre las cabezas humildes de sus devotas. Ciertamente los tiene al pie, de su altar por miles en el curso del día. A ella le imploran como a ninguna otra virgen o santa; se cree en sus milagros más que en todo otro milagro, porque las balas de la revolución, en los días de octubre, cuando no respetaron nada, pasaron zumbando fuertemente sin acertar a tocarla. ¡Uea, qué lástima! ¿cómo se imagina en medio del tiro que en todas partes dejó huella. A menudo me he deteni-

do al pie de esta virgen. Rodeábala siempre mendigas llenas de fervor deprecante. En ninguna parte se hacen tantas persignaciones como en este lugar de Moscú. Aún los transeúntes, antes de seguir su camino, aunque no detengan el paso se persignan frente a la capilla de la Madonna de la Plaza Roja".

"Es que la revolución", que ha muerto a mucha gente, no ha podido matar a la Iglesia. Y hay gente en Moscú cuya fe es tanta que aseguran que la revolución sí, ha de morir, y habrán de morir hasta sus efectos; pero que nunca morirá la Iglesia. Por las calles los popes andan libremente."

¡Basta! Cuando un marxista tan convencido y adicto a la causa comunista se expresa así hay que suponer lo que será

el resto de la vida en los feudos autoritarios de Lenin. Ahora sí que podemos asegurar, con el testimonio de un autorizado marxista, que los bolcheviquis tienen, en este punto, que aprender mucho de los revolucionarios franceses de 1789, quienes convirtieron las iglesias en templos a la Razón en donde, en vez de adorar y prender cirios a los fetiches de palo, rendían culto a las ciencias, a las artes y al espíritu de la Gran Revolución. Leyendo el libro de Alfonso Goldschmidt se presente ya el desastre moral y la bancarrota revolucionaria de la Rusia soviética sojuzgada por los filisteos bolcheviquis.

CRITÓN

Ojeada general sobre el movimiento libertario en Italia desde 1914 a nuestros días

III

Aparte del lado económico en una revolución es de importancia extrema el aspecto de la defensa. En todo movimiento revolucionario, sobrepasado el primer episodio insurreccional, el episodio de la pura revuelta, y entrados en la vía de la verdadera revolución se presenta inevitablemente con toda su gravedad y urgencia el problema de la defensa.

El capitalismo, la burguesía, todos los elementos que ven en una revolución el ocaso de sus privilegios no sólo opondrán una encarnizada resistencia, sino que aunque se les derrote, no abandonarán fácilmente el campo de la lucha. De ahí la necesidad de una defensa que pueda dar todas las posibilidades y la seguridad de llevar la lucha hasta el fin de la victoria.

No pocas tentativas revolucionarias se perdieron por la falta de tal defensa. También a propósito de la tentativa italiana fracasada del otoño de 1920, alguien promovió y acusó de tal fracaso, más que a todas las traiciones de los elementos revolucionarios a la cabeza de la Confederazione Generale del Lavoro y del Partido socialista, a la deficiencia sino a la falta absoluta de la organización de la defensa revolucionaria. Pero si es verdad que no existe nunca una sola y única razón que pueda causar el fin de un movimiento revolucionario o de una revolución, sino que existen siempre una serie de razones diversas, se entiende, — en cuanto respecta al movimiento italiano, si bien el reproche indicado puede tener su razón de ser, no es el más grave, como veremos enseguida. Además no hay que desconocer que la ocupación de las fábricas duró demasiado poco tiempo, y no dejó ver claramente sus aspectos diferentes. Tal movimiento no tuvo tiempo más que de esbozar algunas formas, de presentar algunas tentativas y de trazar una vía, pero no de llegar al fin propuesto. Hemos señalado ya algunos de sus aspectos, como el de la cuestión de la producción y sobre todo el del cambio, pero no el de la defensa.

Producción y defensa — dos cuestiones que no se pueden separar porque en una campaña la otra, y ambas son los polos de la revolución — fué también la palabra de orden de los trabajadores italianos en el momento que se decidieron a ocupar las fábricas.

Habían comprendido que toda revolución sin una producción intensa era una revolución perdida, y como para producir era necesario tener la seguridad de que el enemigo no podría herir por la espalda; desde el primer día, desde la primera hora, fué emprendida la organización de la defensa de las fábricas conquistadas. Pero inmediatamente se presentó una dificultad. Era preciso impedir desde los primeros momentos la posibilidad de la formación de una categoría especial de hombres que se quisiera dedicar únicamente al uso de las armas, o mejor, que tuviese que dedicarse sólo a la vida militar abandonando definitivamente el trabajo. Porque no se desconoció,

y lo podremos ver en muchas ocasiones, un hecho de una gran importancia: que es más hermoso y fácil oficiar de militar que trabajar en una fábrica, y será siempre menos difícil encontrar mil soldados que cien trabajadores. Sobre la base de estas consideraciones, en Italia se pensó alternar el servicio de guardia con los días de trabajo, haciendo que un grupo de obreros que el día anterior había montado la guardia, continuara al día siguiente en su puesto de trabajo, dejando la guardia a otro grupo, no dando así a nadie la posibilidad de permanecer inactivo.

Ciertamente no se puede afirmar si con esa defensa y sobre todo con ese método se habría podido sostener un asalto vigoroso de las fuerzas gubernativas, pero como ya tuvimos ocasión de decir, el mismo presidente del consejo de ministros, Giolitti, afirmó en el parlamento italiano "que era imposible hacer salir con la fuerza a los obreros de las fábricas". Hay que recordar además, — si alguien quisiera objetar la falta de una organización verdadera y propia de defensa fuerte — que en cierto modo una organización militar no habría podido hallar el asentimiento del pueblo italiano, que es por naturaleza profundamente indisciplinado y enemigo de todo lo "militar". La historia de este pueblo está ahí para indicarnos cómo a través de movimientos libres, espontáneos, hasta un poco caóticos, pero siempre de un vasto y profundo idealismo, se puede conquistar o mantener la libertad, que todo militarismo destruye.

Podemos analizar toda la historia de su risorgimento — que está más próxima a nosotros — y vemos numerosos de esos rebeldes de esos héroes, — que en ocasiones lucharon contra el ejército regular con sus bandas —, triunfar en la lucha contra los opresores. Nombres sólo dos: Carlo Pisacane y Garibaldi. El primero, tratado de bandido, desembarcó en la isla de Capri con cien hombres con el propósito de ir después a Sicilia a llevar las palabras de la revolución y de la libertad; la población de Capri, arrojada por la policía, lo atacó y exterminó a casi todos los componentes de la pequeña expedición. El segundo es llamado el héroe de ambos mundos; luchó con sus legiones de "camisas rojas" durante muchos años en todas partes donde existía un tirano; si bien el fin trágico de Pisacane podría parecer una afirmación en contra, este hombre y sus movimientos, penetrados de espíritu libertario, fueron y permanecieron siendo la verdadera expresión del carácter y del temperamento del pueblo italiano.

Terminada la guerra, los soldados volvieron a sus hogares, no sólo con un odio profundo contra la burguesía que los había llevado a una guerra terrible e inútil, sino con muchas armas y una cierta preparación militar.

Todo el período que va desde el fin de la guerra hasta la ocupación de las fá-

bricas, está lleno de luchas continuas. Luchas que habían asumido aspectos y formas nuevas, a diferencia de las de antes de la guerra, precisamente por la nueva psicología que se había creado durante y por la guerra misma, y también por la posesión de armas.

Antes de la guerra, por ejemplo, era caso extraordinario que se abriese fuego contra la policía de parte de la multitud, antes de que aquella hubiese hecho uso de sus armas, y además, si ocurría algo por el estilo, era siempre obra de individuos aislados y no de las masas. Después de la guerra, al contrario, era siempre la masa compacta la que atacaba con sus armas a la policía que debía huir muy a menudo. No era ya cosa de individuos aislados o de casos esporádicos sin conexión alguna la defensa contra las brutalidades policiales, sino de grupos numerosos conscientes de su fuerza, que salían a defenderse y atacar. Tales hechos eran fenómenos de cada día y de cada demostración. Los episodios que pueden reafirmar esto son numerosísimos en la historia del movimiento italiano desde 1918 a 1920, y entre ellos las demostraciones contra el encarecimiento del pan en Milán, sobre todo, y la revuelta de Ancona. Tales actos de revuelta iban en crescendo vertiginoso; hoy era en Milán, mañana en Turín, en Ancona, en Venecia, en Florencia, Trieste, Bolonia, etc., etc., y lo interesante era que las masas participaban enteramente con toda clase de armas.

Es verdad, estos episodios carecían de una verdadera preparación y también de una organización; eran sólo movimientos y violencias improvisadas que salían de las masas y al precisarse, estas violencias desordenadas debían adquirir formas más homogéneas y más en armonía con los fines perseguidos. En efecto, con la ocupación de las fábricas la acción defensiva de las masas asumió una forma más regular y que daba la posibilidad de una acción más vasta y profunda.

Ocupadas las fábricas, lo principal era saberlas mantener, poderlas defender. Los primeros días de la ocupación no se dedicaron a otra cosa que a la preparación de la defensa. Los primeros días era muy primitiva; pero fué poco a poco mejorándose y perfeccionándose. En los primeros días era primitiva porque se tenía que emplear todo lo que el establecimiento mismo podía dar, sin una larga elaboración. Entre los medios inmediatos de defensa utilizados, sobre todo durante la noche, estaba el de rodear la fábrica con alambres por los que se hacía pasar una alta corriente eléctrica. En las grandes fábricas, cercadas casi siempre por un simple muro que podía escalararse fácilmente, se habían cavado una serie de trincheras por donde se hacía pasar la corriente eléctrica a alta tensión, constituyendo así una barrera de tránsito difícil. Cada obrero había traído espontáneamente de su domicilio todas las armas que había podido recoger, y con ellas se preparaba la primera defensa, en espera de que la fábrica, continuando la producción normal, construyese materiales explosivos y armas. Después se construyeron sobre todo muchas bombas de mano, que eran de fácil producción. Y todo esto se hacía con una prontitud y una espontaneidad sorprendentes. El entusiasmo era profundo en todos y en todos existía la voluntad y el deseo de empuñar las armas. Todos, jóvenes y viejos querían montar la guardia, dedicarse a la defensa; pero había también que bajar, era preciso que las fábricas no sufriesen ningún retraso en la producción, de modo que pudiesen mantenerse al menos al nivel normal.

En todas las fábricas, sin excluir las más pequeñas, se habían buscado los elementos más adaptados y con un cierto conocimiento ya del uso de las armas, y con ellos se había formado un grupo bastante numeroso que montaba por turno la guardia. Pero éstos no estaban dispensados del trabajo y sus días de guardia eran alternados con otros de trabajo, de modo que la monotonía de las largas jornadas de guardia no hubiese podido desviar al obrero.

Inmediatamente, en la primera semana de la ocupación, el comité de acción invitó a todas las fábricas a presentar un inventario preciso de todas las armas, de los medios de locomoción y del material explosivo y de los hombres de que

cada una podía disponer en caso de peligro. Y en tal inventario resultó que numerosas fábricas, además de poseer muchas ametralladoras estaban en posesión de camiones y de autos blindados.

Muchas fábricas — sobre todo cuando la ocupación se extendió a todas las industrias — donde el elemento femenino estaba en mayoría y no podía pensar por sí sólo en la defensa, entonces ésta era confiada a los establecimientos más grandes, que les enviaban diariamente un destacamento de sus obreros armados. Así se había ido estableciendo entre las fábricas de cada barrio al unión y la entente. Bastaba una señal dada por una fábrica cualquiera para que todas las demás circunvecinas acudieran en ayuda y se prepararan a su vez a la defensa. La señal de alarma convenida era un silbido prolongado de la sirena.

Un choque violento entre las fuerzas obreras y las gubernamentales no sucedió. Tuvieron lugar en diferentes puntos de Italia escaramuzas que se limitaron a algunos tiroteos. No se puede, pues, acusar de la entrega de las fábricas a los industriales italianos a la falta de preparación y de organización de defensa, porque ésta existía, aunque fuera defectuosa y tal vez insuficiente. Pero un defecto de los que llevaron al fracaso de esta tentativa, fué la poca conexión entre los trabajadores de la industria y los de la tierra; entre los obreros del norte de Italia y los campesinos del Sur. Conexión obstaculizada por los dirigentes de las organizaciones sindicales reformistas, que veían en esto el ocaso de sus privilegios y de su psicología pequeño-burguesa.

Los trabajadores de la tierra, lo mismo que los de la industria, habían organizado la defensa de la tierra por ellos ocupada y estaban dispuestos a pasar a la ofensiva. La grandiosidad y la fuerza de la insurrección campesina maravilló y aterró a la burguesía, que contaba con el supuesto espíritu retrogrado del campo para utilizarlo en la defensa de sus intereses y poder derrotar a los obreros. Una tal insurrección aterró a la burguesía, porque comprendió que podía ser el golpe decisivo contra su dominación. No se esperaba que el campo siguiese a los obreros. El movimiento de invasión de la tierra en el sur de Italia fué tal vez más imponente y grandioso que el movimiento de ocupación de las fábricas. Millares y millares de campesinos invadieron la tierra y se pusieron inmediatamente a trabajarla, con las armas listas y siempre dispuestos a rechazar al enemigo. La grandiosidad de su movimiento resalta también a través de las breves noticias telegráficas de los diarios de la época. Así el *Aranzi!* del 27 de septiembre de 1920 publicaba, por ejemplo, esta noticia de Trapani: "Como se había acordado, en toda la provincia de Trapani simultáneamente, cien mil campesinos ocuparon por todas partes los feudos al canto de la *Bandiera Rossa* y precedidos de los estandartes de las sociedades y secciones socialistas.

La ocupación se realizó sin accidentes. Los feudos ocupados son más de quince. En los lugares indicados se enarboló la bandera roja y se constituyeron cuerpos de guardias rojas para defender la toma de posesión. Todos los contratos agrarios han sido declarados disueltos".

Y *Umanità Nova* del 28 de septiembre publicaba de Marsala: "Más de cincuenta mil campesinos con cincuenta banderas rojas se han reunido en el latifundio de Zafarana. Se reunió en el mismo lugar el consejo de los representantes de las sociedades y de las cooperativas y se convino ocupar todos los latifundios de la provincia en nombre de las sociedades adherentes a la Federación del Lavoro della Terra". Y en la misma *Umanità Nova* del 28 de septiembre escribía el compañero Paolo Schicchi: "En la mañana del 12 del corriente se reunieron en Prizzi los representantes de las sociedades de Lucca, Sicula, Burgio, Palazzo Adriano, S. Stefano, Quisquina, Filongo, Castronovo, Prizzi, las cuales, en un verdadero entusiasmo y por aclamación aceptaron mi proposición de proceder a la ocupación inmediata armada de los latifundios, con el firme propósito de sofocar en el origen toda tentativa de reacción de la burguesía latifundista.

En la mañana del 13, al amanecer, columnas interminables de campesinos ar-

mados hasta los dientes y casi todos a caballo, se presentaron en el campo en orden de batalla, y sin obstáculo alguno ocuparon los latifundios que hasta entonces habían sido el refugio de los asesinos de Lorenzo Panefino y de Gola Alongi. El día antes, más de ocho mil campesinos de Corleone habían hecho lo mismo con los ex-feudos de su región". Y en *Umanità Nova* del 5 de octubre escribía aún Schicchi lo siguiente: "Los campesinos acudían en todas partes como las hormigas, armados, ordenados en compañías de combate, resueltos a cualquier cosa. Por los campos se veían ondear verdaderas selvas de fusiles y por un momento marchamos viento en popa: los mismos carabineros estimaban prudente quedar lejos".

En los campos como en las ciudades, los trabajadores de la industria como los de la tierra querían ir a las consecuencias extremas de la lucha tan maravillosamente emprendida, sostenidos casi solamente por los anarquistas. Nadie se desdenció y la defensa fué entre los campesinos, como entre los obreros, una de las primeras preocupaciones. En una carta privada del compañero Schicchi, que tomó una parte activa en la lucha de la ocupación de la tierra, me escribía: "La ocupación de la tierra fué general y se extendió de una punta a la otra de la isla (Sicilia). No quedó rincón de latifundio que no hubiese sido invadido por la fuerza del proletariado rural. Esta ocupación fué más profunda, más general y poderosa que la ocupación de las fábricas en el continente. Entonces Prizzi y las regiones vecinas, donde predominaba el elemento anarquista, fué algo así como un cuartel general. Podía disponer de una masa de cien mil campesinos armados entre las provincias de Girgenti y la de Palermo, y estábamos dispuestos a marchar sobre Palermo con una rapidez fúnebre, sofocando cualquier tentativa de resistencia burguesa".

Ahora puede verse claramente que no fué la causa de la deficiencia de la defensa o de la organización lo que hizo que los obreros debieran devolver las fábricas a los industriales y los campesinos la tierra a los latifundistas, sino que además de la baja traición de los hombres de la C. G. del Lavoro y del partido socialista, que después de haber deshecho tal movimiento entregaron los obreros desarmados en manos de la reacción, la culpa pertenece también en parte a los demás revolucionarios y también a los anarquistas, por no haber pasado inmediatamente a la ofensiva, esperando siempre que el enemigo fuese el primero en atacar.

Terminado el movimiento de ocupación de las fábricas y de la tierra, la burguesía se rehizo prepotente, gracias también al apoyo de los dirigentes de las grandes organizaciones sindicales y reformistas y de los jefes del partido socialista; se dedicó a organizar la reacción que debía destruir definitivamente las conquistas y las fuerzas revolucionarias. Fué entonces cuando el fascismo, abandonadas sus pretensiones pseudo revolucionarias, exaltadas durante las tempestades de 1913 a 1920, se pasó resueltamente al campo de la violencia ciega y brutal contra la clase trabajadora y el movimiento subversivo en general.

Hasta entonces se habían verificado casos aislados de violencia fascista que el gobierno no se atrevía abiertamente ni a impedir ni a apoyar, pero desde el otoño de 1920 comenzó el ataque verdadero y metódico combinado de la policía y de los fascistas, contra el movimiento revolucionario que resista aún.

Terminada la guerra, el movimiento fascista — nacido directamente del movimiento guerrillista iniciado por revolucionarios de diferentes tendencias — tenía muchas simpatías entre los republicanos, las organizaciones de los ex combatientes y una parte de los estudiantes. Pero después que los fascistas asumieron definitivamente a fines de 1920 una forma francamente reaccionaria, abandonando sus pretensiones republicanas revolucionarias, mucha parte de esa juventud abandonó al fascismo. Sobre todo después de la ruptura y la lucha entre los secuaces del poeta D'Annunzio — que habían ocupado la ciudad de Fiume y querían constituir allí una república del género de las viejas comunas italianas — y el

gobierno italiano y que los fascistas, después de haber prometido su ayuda, en ocasión de la lucha entre los legionarios de Fiume y las tropas gubernativas en navidad de 1920, los abandonaron poniéndose de parte del gobierno. Desde entonces el fascismo, que había arrojado toda máscara, se hizo sinónimo de banditismo, de violencia bestial, de delincuencia.

Una parte de la juventud, sobre todo los republicanos y los d'annunzianos, éstos después de su famosa navidad de sangre, después de sus famosos cinco días de pasión y de sangre en defensa de Fiume contra las tropas del gobierno italiano, se habían declarado contra la monarquía y todos sus sostenes — se separaron y se pusieron contra el fascismo. Primeramente fué la sección de Roma la que en una sesión plenaria se declaró abiertamente contra el fascismo y lanzó la iniciativa de una organización siempre de carácter militar para combatir en el mismo terreno a los fascistas. Se crearon también los famosos *arditi del popolo*. En poco tiempo, este movimiento que halló el consentimiento de las masas ya cansadas del terrorismo fascista; se extendió por toda Italia.

La organización de los *arditi del popolo* era una organización libre, abierta a todos los partidos, organizaciones e individuos que reconocieran la necesidad de luchar contra el fascismo. A causa de esa forma demasado elástica, se introdujeron en ella muchos elementos evocados bajo la influencia de algún político y trataron de explotar el descontento

popular para fines personales. Pero pronto esos elementos, a consecuencia de la lucha despiadada que la policía y los fascistas llevaban contra esa organización, se desbandaron, permaneciendo sólo los elementos verdaderamente revolucionarios, los anarquistas y la juventud socialista. (Los comunistas no participaron en este movimiento, puesto que les estaba prohibido por su comité central). Los *arditi del popolo* osaban organizarse en compañías militares, tratando de contraponer su organización a la de los fascistas. Pero la policía y los fascistas eran feroces y emplearon los medios más terribles para romper y aterrorizar a esta organización que en algunas ciudades había llegado a crear con el pueblo verdaderos milagros de defensa, como en Parma, Roma, Lodi y algunas otras ciudades. Pero ¿qué valía todo esto, qué valía la organización y todos los sacrificios de las masas o de los revolucionarios, si la traición de los jefes arrojaba más cada día las masas obreras y todo el movimiento revolucionario en las fauces de la reacción bestial, mientras magistratura y policía por otra parte cumplían ferocemente su misión contra todos los revolucionarios que caían en sus manos? ¿Qué valía toda la sangre derramada durante los últimos años de lucha revolucionaria, si en el mismo seno del movimiento revolucionario florecía la traición, si se encontraban en las filas del proletariado, en el rango de los jefes, los enemigos más acérrimos de su liberación?

Hugo TRENE

ARNOLD ROLLER

Páginas de la historia del proletariado español (1848-1907)

(Continuación)

Un grito de indignación corrió por toda Europa sobre los verdugos infames y sanguinarios que dominaban en España; las noticias horrosas excitaron hasta a los más indiferentes y los sensibles, los que senten en sí los dolores ajenos, contrajeron los puños con sed impotente de venganza.

La prensa europea no pudo mover el corazón de los asesinos españoles a la justicia, pero sin embargo logró sacudir para la venganza el corazón y el ánimo de un joven entusiasta que comprendió que no se puede conmovir el corazón de los tiranos, sino que es preciso atravesarlos de parte a parte. Al compasivo Miguel Angiolillo tocó la dicha de vengar a la humanidad injuriada. Sus balas atravesaron el corazón pétreo de Cánovas del Castillo, presidente entonces de ministros, que era responsable de esas infamias porque las había ordenado él mismo. Cánovas del Castillo era el Meternich, el Pobiedonozef de España, era la encarnación de la reacción, era el mismo canalla que contribuyó principalmente en 1874 como político a la caída de la república española y al restablecimiento de la monarquía borbónica.

Las balas de Angiolillo tuvieron más éxito que docientas toneladas de tinta, pues con Cánovas desapareció la cabeza de la reacción española y el ministerio que le sucedió, — tal vez por temor a igual destino, — puso en libertad a los supervivientes del Montjuich.

En España como en Rusia se demostró la verdad de la frase de que el despotismo sólo es ablandado por la muerte de los despotas.

Ya antes había sido proyectado un atentado contra Cánovas. En el año 1895 lo esperó Francisco Ruiz con una bomba ante el palacio de gobierno. Pero la bomba explotó en las manos de Ruiz y lo mató a él mismo.

Angiolillo, un hombre joven, muy instruido, tipógrafo y activo colaborador de los periódicos franceses, italianos y españoles, tuvo noticia de esas infamias. Leyó sobre ellas en "*Recue blancet*", *L'Intransigent*, en la *Libre Parole* y principalmente en el libro de Tarrida del Marmol, *Les Inquisiteurs d'Espagne*, que llevaba constantemente consigo. Se decidió a vengar a sus camaradas y viajó prin-

cipalmente con ese objeto desde Londres sobre Bélgica a España.

En Francia se reunió con muchos compañeros y al acompañarlo hasta la estación lo despidieron con la fórmula: "Hasta la vista!"; pero él respondió: "No, no hasta la vista — ¡Salud!"

Cánovas del Castillo estaba entonces en los baños de Santa Agueda, en el Norte de España. Angiolillo se dirigió hacia allá y por su presencia elegante y sus maneras finas se acercó pronto a Cánovas y una tarde, durante un paseo en el parque, Angiolillo disparó su revolver sobre él después de una corta discusión y lo mató en presencia de su mujer. No hubo, se dejó detener tranquilamente y pronunció ante el tribunal de guerra de Vergara el siguiente magnífico discurso:

"Señores, ante todo quiero repetir aquí lo que ya tuve ocasión de decir al juez encargado de la investigación que me preguntó al respecto: No tengo cómplices. Vds. buscarán en vano un ser humano al que yo haya participado algo de mi proyecto. Yo solo, completamente solo, he decidido, preparado y ejecutado la muerte del señor Cánovas.

Señores, Vds. no tienen ante sí un asesino, sino un instrumento de la justicia.

Desde hace muchos años atraen mi atención los acontecimientos de Europa. Estudié la situación de España y de otros países vecinos, Portugal, Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Inglaterra. Mi oficio y mis simpatías me llevaron continuamente entre la población pobre y laboriosa de esas regiones. En todas partes encontré el espectáculo doloroso de la miseria. En todas partes he oído las mismas quejas, he visto rodar las mismas lágrimas, he sentido brotar la misma rebelión, he visto crecer las mismas aspiraciones.

Pero también he comprobado en todas partes en los ricos y en los gobernantes la misma dureza de corazón, el mismo desprecio de la vida humana.

Esas observaciones me llevaron al odio contra las desigualdades que pesan sobre la sociedad, a la que al mismo tiempo son bases.

Hombres ardientes, energicos, inspirados por la justicia y seducidos por su ideal se han encontrado conmigo en el camino de la rebelión. Esas criaturas humanas a quienes subleva la injusticia y que aspiran a un mundo de dicha y de armonía son los anarquistas. He simpa-

tizado con ellos y los he querido como hermanos.

Y repentinamente apercibí, cuando el mundo me causó pavor, que en este país, la tierra clásica de la Inquisición, la raza de los torturadores no había muerto aún. Supe que cientos de seres humanos, encerrados en un castillo, que se aseguró una triste gloria, estaban sometidos a toda suerte de martirios. Supe que se habían aplicado contra ellos todos los procedimientos de los verdugos de la edad media enriquecidos por el refinamiento que trae consigo el proceso de la ciencia. Supe que han sido asesinados cinco de esos hombres, que otros setenta habían sido condenados a bárbaras penas, que aquellos cuya inocencia se debió confesar fueron desterrados y que todas esas gentes eran anarquistas o fueron considerados como tales.

Por tanto, señores, yo me dije que esas cosas horribles no podían quedar impunes. Busqué a los responsables. Sobre los gendarmes, que desempeñaban el cargo de verdugos y atormentadores, sobre los oficiales que representaban a los jueces y que sólo ejecutaban órdenes, lo ví a él, que las daba.

Sentí un odio invencible contra ese estadista que gobernaba por medio del terror, contra ese ministro que llevó a la guerra millares y millares de jóvenes soldados, contra ese potentado que sumió en la miseria a la población española que tan feliz podía ser en este país fecundo y rico, por medio de tributos e impuestos; contra ese heredero de Calígula y de Nerón, el sucesor de Torquemada, el rival de Stambulof y de Abdul-Hamid; el haber librado a la tierra del monstruo Cánovas del Castillo, es mi orgullo.

¿Es tal vez una mala acción matar un tigre, cuyas garras deshacen el pecho humano, cuyas mandíbulas triturar cabezas humanas? ¿Es un crimen aplastar al reptil venenoso?

En cuanto a carnicerías, ¿aniquiló más víctimas que cien tigres, más que mil reptiles. Personalificaba el salvajismo religioso, la crueldad militarista, la tiranía del poder y la avaricia de las clases poseedoras.

Yo he librado a España, a Europa, al mundo entero de él. Por eso no soy un asesino, sino un instrumento de la justicia.

Aquí fué interrumpido por el juez, no se le dejó hablar más y después de algunos minutos le fué anunciada su sentencia de muerte.

A los curas que intentaban asustarlo en la muerte, los despatchó con estas palabras: "Dejadme tranquilo, yo mismo reglaré la cuenta con vuestro dios".

El 19 de agosto subió al cadalso. Llegado al garrote vió sonriendo a la multitud amontonada detrás de los muros de la prisión y le gritó con su voz hermosa, melódica y viril una gran palabra simbólica:

¡GERMINAL!

Pronto giraron los brazos de hierro del garrote alrededor de su cuello — luego un corto y terrible ruido — y todo acabado.

Miguel Angiolillo está grabado en el corazón del proletariado español. Fué para España lo que Zelafof y Perowksnia para Rusia, lo que Guillermo Tell para Suiza.

Dos semanas después, en la noche del 3 al 4 de septiembre, un joven periodista republicano, Ramón Sempau, disparó su revolver sobre el teniente de la guardia civil Portas y lo hirió levemente. Sempau fué condenado a muerte por el consejo de guerra; pero debido a errores de procedimiento la sentencia fué invalidada, se celebró el proceso en los tribunales ordinarios y los jurados — es digno de mención — absolviéron a Sempau porque opinaban que no era un crimen matar a un chacal como Portas.

El período terrorista fué precedido de un largo período "intelectual", en el que muchos anarquistas dedicaron su actividad principal a la publicación de periódicos y de literatura revolucionaria. Así aparecieron en Barcelona desde el comienzo de 1886 hasta fines de 1888 el periódico *Acracia*, cuyo redactor principal era Anselmo Lorenzo, después *El Productor*, igualmente de Lorenzo. Aparecieron las notables revistas *Ciencia Social*

y en idioma catalán, ilustrada, *La Tramontana*. Ernesto Alvarez redactó en Madrid *La Idea Libre* y *La Protesta*, luego aparecieron *El Corsario* en la Coruña, redactado por Juan Montseny, que después estuvo complicado en el proceso de Montjuich y desde entonces usa el pseudónimo de Federico Urales. Entre los más conocidos escritores anarquistas de ese período están también Ricardo Mella y Tarrida del Mármol, así como Francisco Ruiz, que halló su muerte por la bomba preparada para Cánovas del Castillo.

En los períodos terroristas fueron prohibidos todos los periódicos anarquistas. La pluma debió dejar el puesto a la bomba, sin embargo ese período no sólo se caracteriza por los atentados individuales, pues hubo entonces en casi toda España durante la guerra con Cuba y Filipinas constantes pequeñas revueltas armadas, Bancos del Estado fueron asaltados, saqueados depósitos de trigo; se produjeron luchas callejeras y con la guardia civil, en las que hubo muertos y heridos de ambas partes. Las revueltas obreras fueron sofocadas siempre, porque no habían sido organizadas, sino que estaban aisladamente.

Con la muerte de Cánovas subió al gobierno un nuevo ministerio liberal que amoldó algo las persecuciones, y los periódicos anarquistas se reanimaron poco a poco. Fueron abandonados los actos individuales para hacer otra vez plaza a los grandes movimientos de masas, pues los compañeros podían moverse más libres en esa dirección. Las organizaciones durante ese período estaban completamente destruidas, pues los elementos más activos estaban o bien en la cárcel o bien en el destierro en el extranjero.

El movimiento anarquista español, que nació por sí mismo, espontáneamente y en el que las ideas se habían desarrollado y precisado poco a poco en sí, fué transplantado durante esa época a otros países de lengua española — a América del Sur. Desde esa época comenzaron a aparecer periódicos anarquistas en español en la Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Cuba, Brasil y en los Estados Unidos, los cuales defendían las mismas ideas que los camaradas de España. Hoy existe un diario anarquista en la Argentina (en Buenos Aires) y una fuerte organización sindical puramente anarquista, mientras que la otra organización sindical, que hasta cerca de 1906

estaba en manos de los socialdemócratas, se hizo sindicalista.

Las organizaciones, las relaciones entre los camaradas estaban destruidas — sin embargo no el espíritu revolucionario. Para desviar el movimiento obrero y revolucionario el gobierno y la burguesía protegieron los periódicos del movimiento socialdemócrata, que pudo desenvolverse durante todo el período tempestuoso tranquilamente. Salvochea volvió de África y los desterrados volvieron de París y de Londres — comenzó nueva vida entre los anarquistas. Intentan primeramente entrar en los sindicatos socialdemócratas, pero poco después comienzan a hacerse peligrosos para los jefes del partido y son expulsados de esos sindicatos. Forman ahora nuevos sindicatos independientes — algunos sólo necesitan ser reavivados — pues aunque los sindicatos revolucionarios habían perdido su conexión, no pudieron nunca ser completamente aniquilados.

En la primavera de 1906 se convoca en Madrid un congreso obrero revolucionario. Acuden cerca de doscientos delegados que representan sindicatos revolucionarios con 52.000 miembros. Es decidida la unión de todos esos sindicatos en una nueva organización, que debía llevar el nombre de la primer organización sindical: *Federación Regional de Trabajadores*. De golpe fué restablecida toda la organización del proletariado revolucionario. A los principios básicos de ese movimiento sindical pertenece la propaganda de la huelga general revolucionaria y de la huelga solidaria para apoyar a los obreros huelguistas con medios mejores que con el apoyo monetario. Al declararse en huelga una organización o un oficio adherido, todos los sindicatos de todos los oficios están comprometidos a sostener a los huelguistas con todos los medios. El dinero de la organización está a disposición de la huelga de cualquier rama, mientras lo haya. No existen empleados a sueldo, ni para el sindicato particular, ni para toda la organización. No hay funcionarios, no hay "gratificación" por los trabajos de propaganda y de organización, no hay canchales para los propagandistas — este gran peligro de todos los movimientos revolucionarios — y en especial para un movimiento revolucionario sindical. El programa de esa federación sindical era claramente anarquista, aunque no era empleada la pa-

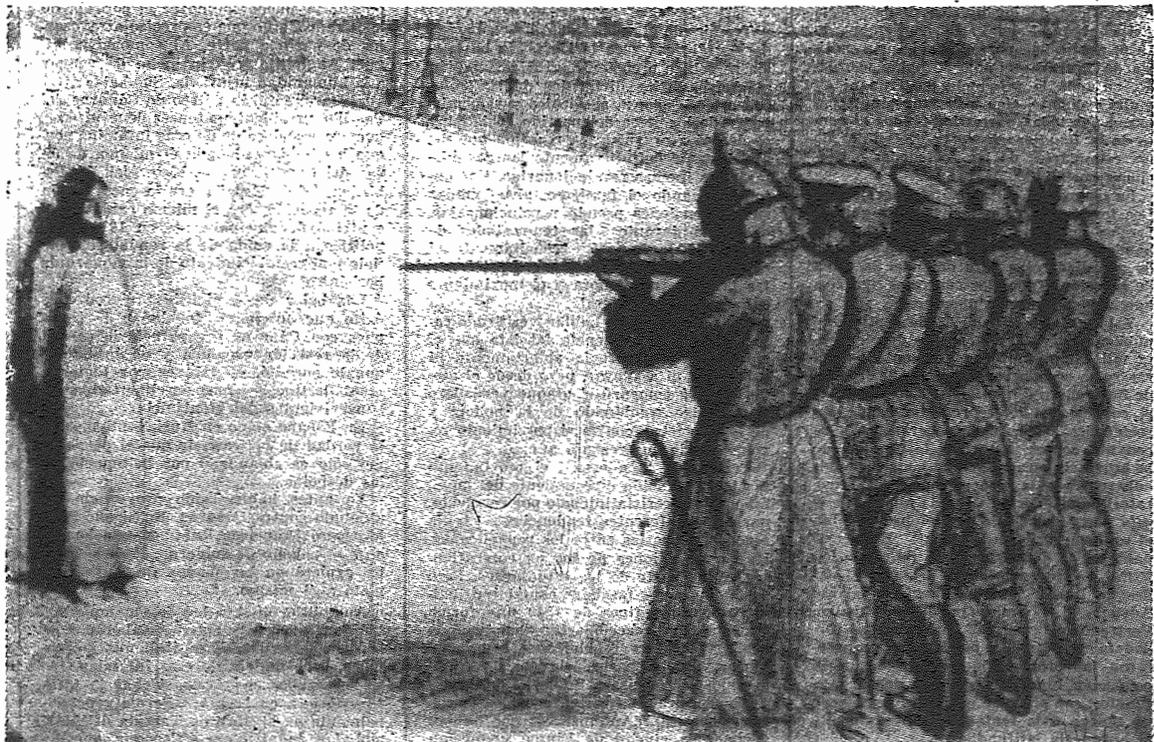
labra. Declaraba como objetivo la revolución social por la lucha económica, pero sin pensar en la conquista del poder político, sino en su aniquilación.

La federación celebró en lo sucesivo sus congresos anuales. En 1898 Federico Urales (Juan Montseny) fundó en Madrid la publicación anarquista *Revista Blanca*. Pronto apareció también para la propaganda el semanario *Suplemento de la Revista Blanca*, que después, desde el comienzo de enero de 1902 llevó el nombre de *Tierra y Libertad*. Este semanario se convirtió en diario en el verano de 1903, muy bien redactado, con Malato como colaborador constante, y apareció entonces así más de medio año, — después volvió a aparecer semanalmente. La socialdemocracia no pudo nunca tener un diario. A fines de 1901 Anselmo Lorenzo fundó en Barcelona la hermosa *Huelga General*, que indudablemente tuvo un gran influjo en los sucesos posteriores de Barcelona. En esa época tuvieron lugar a cortas distancias en todas las grandes ciudades de España, en Sevilla, en Gijón, en Coruña, huelgas generales revolucionarias, huelgas en que participaban los obreros de todos los oficios de la ciudad, por lo cual siempre abocaba en sangrientas luchas con la guardia civil.

España posee la maravilla de tener, junto a las más grandes "libertades políticas", que "garantiza" la constitución, el despotismo más arbitrario que se pueda imaginar. Hay absoluta libertad de prensa, se puede escribir todo sin confiscación ni acusación. Pero si las autoridades quieren, los redactores son llevados en tiempos absolutamente pacíficos ante los tribunales de guerra, si por ejemplo en un artículo es atacado el militarismo o el patriotismo, y allí los redactores no reciben menos de ocho o diez años. Todos los trabajadores arrestados en los choques con la guardia civil o con los soldados, caen también igualmente bajo el tribunal militar y en él la tarifa ordinariamente es de 20 años. La aplicación del tribunal de guerra contra los civiles se fundamenta en que los ataques contra el militar o contra el militarismo son crímenes militares. Por otra parte, esas terribles condenas son aminoradas por frecuentes amnistías, a que obligan los trabajadores, claro está, mediante energicas campañas y manifestaciones.

(Concluirá)

REACCION INTERNACIONAL



El pensamiento es superior a la muerte. Vive y triunfa sobre el poder de las armas, verificando los ideales que lo inspiran por encima de todas las fuerzas de conservación.